

cuando le tenían como inferior en su casa y le podían observar á todas las horas del día y de la noche?

Ni la familiaridad de muchos años, ni la superioridad que les daba su avanzada edad y más aún la dignidad del sacerdocio, ni todo, en fin, lo que humanamente había de engendrar en ellos libertad en el trato con el Siervo de Dios, cuando no desestima y desdén, fué bastante para quitar de ellos cierta veneración y respeto que les infundió desde un principio su extraordinaria virtud; antes por el contrario, con el trato y con los años fué creciendo, porque cada vez veían más claro la gracia del Señor que iba obrando en su Siervo. La angelical modestia y compostura que en el joven estudiante contemplaban los movía á devoción y piedad y los contenía de tal manera en su presencia, que nunca se atrevieron á tratarle con las bromas y chanzonetas que á otros jóvenes más bulliciosos suelen dar las personas de mayor edad cuando les tienen cariño.

3. Mas quien tanto supo refrenar los sentidos exteriores y tener tan á raya las pasiones interiores del ánimo por medio de la mortificación, no trabajó menos por ordenar las potencias superiores del alma, que son las que más derechamente alcanzan á Dios. Conocía muy bien que para copiar en sí la imagen de Jesucristo no bastaba trasladar en sí lo exterior de Él, si no imitaba también su espíritu, que era el alma, la vida y lo que daba expresión al retrato del Salvador de los hombres. Este divino Señor, como soberano artista, en dos pinceladas manifestó á sus siervos en qué consistía su divino espíritu, ese espíritu por el cual sus fieles seguidores se debían parecer á Él, comunicar en lo secreto de su vida divina y representar su noble y atractivo carácter. *Discite a me*, —dijo,— *quia mitis sum et humilis corde* (1): “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.” Convencido el Padre Claret de que sin la humildad y mansedumbre no podría levantar el edificio de la santidad ni ganar las almas de sus prójimos en el oficio apostólico á que se sentía llamado, propúsose adquirir con perfección estas virtudes. Comenzando por la primera, como fundamento de la otra, con la oración y el examen particular del mediodía y de la noche venció la

(1) Matth., XI, 20.

vanagloria, que le principió, según él dice, á combatir en la ciudad de Barcelona cuando oía los elogios que hacían de sus habilidades en la fabricación y de su inteligencia en la mecánica. Las complacencias que, casi sin advertirlo, en aquel tiempo experimentó las lloró después toda la vida, y cuando se acordaba de ellas afluían á sus ojos abundantes y amargas lágrimas. La consideración de los motivos que tenía para humillarse; la lectura de la vida de Jesucristo y de los Santos; los fervorosos ruegos que dirigía al Señor pidiendo que le diera á conocer su propia nada, y los actos de humildad, para los cuales le daba el Señor ocasiones muy frecuentes aun en medio de los aplausos humanos, fueron los medios de que se valió por muchos años para ser y conservarse humilde.

Iba meditando que nada tenía de sí sino el pecado, y que era, por consiguiente, inferior á los seres privados de existencia, que no son merecedores de premio ni de castigo por no haber pecado. “A Dios debo,—decía,—lo bueno que hay en mí: separado de Él, soy incapaz para todo acto meritorio; soy semejante á un molino de agua, que por bien montado que esté no puede moverse si el agua no le pone en movimiento: no puedo invocar el dulce nombre de Jesús sin su auxilio; no puedo atender á lo que hago sin su gracia. ¡Ah! ¡Cuántas distracciones tengo á pesar mío! Soy como un hombre caído en un pozo, de donde no puede salir si no le sacan de él (1).” A menudo repetía con el gran San Agustín: “Haced, ¡oh Dios mío!, que os conozca á Vos y me conozca á mí. *Noverim te, noverim me*; y con el humilde San Francisco de Asís: *Señor, ¿quién sois Vos y quién soy yo?* Un día, estando rodeado de algunos de nuestros primeros Padres, dijo con inimitable candor: “Quince años ha que hago examen particular de la humildad, y aun no soy humilde.”

Para llegar á aquel estado feliz del alma en el que ni se entristece por los desprecios ni se levanta por las alabanzas, escribió algunas reflexiones muy oportunas y sacó de ellas varios propósitos que puso ordenadamente en el jugoso opúsculo titulado *La Paloma*. En materia de soberbia ó vanidad era extraordinaria la delicadeza de su conciencia; vigilaba de continuo sus pensamientos, palabras y acciones, y cuando

1) *Apuntes biográficos*, del Siervo de Dios.

advertía que había tenido alguna vana complacencia ó que había dicho alguna palabra que podía más ó menos redundar en su loor, se confesaba de ello sin tardanza, y al arrepentimiento juntaba también actos de mortificación ó penitencia.

En los primeros años de sus Misiones dióle el Señor á entender con toda claridad que le quería muy humilde, para lo cual le ayudaba eficazmente permitiendo que le humillasen con persecuciones y desprecios. No hubo apenas pueblo alguno en donde no le persiguiesen y en donde el Siervo de Dios no recogiera abundante cosecha de humillaciones y calumnias. Tratábanle de ladrón, de faccioso, de embustero, y el buen Padre á todo se resignaba para evitar mayores males y á trueque de poder ofrecer al Señor mil y mil actos de humildad y de otras virtudes semejantes. En todas las poblaciones solía acaecer lo mismo hasta media Misión; pero luego, de ahí en adelante, notábase una mudanza completa, porque aquel Señor, que había puesto á prueba la humildad de su Siervo por lo mucho que en ella se complace, premiábase la trocando los corazones de sus enemigos, de manera que los que antes le despreciaban y calumniaban eran luego sus mayores panegiristas y los que después de haberse aprovechado de su apostólico ministerio más se deshacían en alabanzas de él. El demonio, empero, que nunca duerme y que trata siempre de convertir en nuestro daño lo mismo que Dios dispone para nuestro provecho, cuando las gentes aclamaban al Varón de Dios por santo procuraba inspirarle sentimientos de vanagloria; mas de nada servían sus astucias y artimañas, porque Dios nuestro Señor tenía al P. Claret debajo de su especial protección, y como Padre le cubría con sus alas para que no le hiriesen los dardos del enemigo. Para mantenerle en humildad en medio de los mayores aplausos, le concedió una gracia muy singular, y fué que, en los últimos días de las predicaciones que hacía, dando Misión en los pueblos, cuando mayor era el concurso de los que iban á oírle, y los convertidos con la eficacia de su palabra inundaban su confesonario, y todos se admiraban del extraordinario fruto que había hecho, acometiale una tristeza tal y tan honda que el Siervo de Dios, al referirlo, no sabía cómo explicarla sino diciendo que era una paternal disposición de la divina Providencia y

un contrapeso para impedir que el viento de la vanidad echase á pique la navecilla de su alma (1).

Fuera cosa larga ir enumerando todos los actos en que se manifestó su profunda humildad; muchos de ellos ya se han visto en lo que llevamos dicho de su vida, y otros se irán viendo, Dios mediante, en lo que nos queda por decir. Baste por ahora consignar que, cuantos le conocían, lo primero que en él alababan era la humildad y sencillez con que procedía en todas las cosas, sin sombra de afectación, sin ínfulas de autoridad, sin arrogancia de letrado, sin ademán alguno que indicase tenerse en algún concepto por superior á los demás. Terminaré lo concerniente á esta virtud con las palabras del ilustre D. Felipe Rovira, que fué Secretario y confesor del Siervo de Dios por espacio de diez años, y podía, por lo tanto, conocer bien su espíritu. “En su humildad, — dice, — confundía á propios y extraños, se conocía bien á sí mismo, servía á todos aun en las cosas más sencillas y tenía un placer de enseñar por sí mismo los rudimentos de la Doctrina cristiana á los niños, ya en las Misiones, ya en casa, siempre que se presentaba ocasión (2).”

4. De este mismo afecto de humildad nacía en el P. Claret la mansedumbre, pues del conocimiento que de su nada tenía brotaban en su pecho afectos de compasión y de caridad para con el prójimo al ver sus miserias, y afluían á sus labios palabras de dulzura con que aliviarlas. La indignación y la aspereza son hijas de la soberbia y de la ignorancia, pues quien ahonda en sus propias flaquezas y debilidades, lejos está de irritarse con las ajenas. En mucho estimaba nuestro Padre la mansedumbre en el Misionero, por lo provechosa y necesaria que es para hacer fruto en las almas, y así se aplicó con cuidado á practicarla, y escribió tales cosas sobre ella que bien merecen que traslademos aquí lo principal y más substancial, tanto más cuanto que lo tomaremos de sus *Apuntes biográficos*, que dicen relación á su Vida. “Con la humildad, — escribe citando á San Bernardo, — se agrada á Dios; con la mansedumbre al prójimo. En el sermón del monte dijo Jesucristo: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* (3). Y

(1) Declaración del P. Claret y del P. Clemente Serrat.

(2) Apuntes del 14 de Febrero de 1880.

(3) Matth., V, 4.

no sólo la tierra de promisión y la tierra de los vivientes, que es el cielo, sino también los corazones terrenos de los hombres. No hay virtud que tanto los atraiga como la mansedumbre; pasa en ellos lo mismo que en un estanque de peces, que si se les echa pan todos vienen á la orilla; pero si en vez de pan se les echa una piedra, todos huyen y se esconden. Así son los hombres: si se les trata con mansedumbre, todos se acercan y asisten á los sermones y al confesonario; pero si se les trata con aspereza, se incomodan y no asisten y se quedan murmurando del predicador allá con sus familias y amigos. La mansedumbre es una señal de vocación al ministerio apostólico. Cuando Dios envió á Moisés le concedió esta virtud. Jesucristo era la misma mansedumbre, y por esta razón se le llama Cordero. "Será tan manso, —decían los Profetas,— que „no acabará de romper la caña cascada ni de extinguir la mecha que todavía humea. Será perseguido, calumniado y saciado de oprobios, y, como si no tuviera lengua, callará (1).„ ¡Qué paciencia la suya! ¡Qué mansedumbre! Si; trabajando, sufriendo, callando y muriendo en cruz nos redimió y enseñó á salvar las almas que Él mismo nos encarga.

„Adoctrinados los Apóstoles por su divino Maestro, todos poseían la virtud de la mansedumbre, la ejercitaban y enseñaban á los hombres, y sobre todo á los sacerdotes, á quienes dice Santiago: "¿Hay entre vosotros alguno tenido por sabio „y bien amaestrado para instruir á todos? Muestre por el buen „porte su conducta y una sabiduría llena de dulzura. Mas si „tenéis un celo amargo y el espíritu de discordia en vuestros „corazones, no hay para qué gloriaros ni levantar mentiras „contra la verdad, que esa sabiduría no descende de arriba, „sino que es una sabiduría terrena, animal y diabólica (2).„

„Quedé espantado la primera vez que leí estas palabras del Apóstol, al ver que á la ciencia sin dulzura, sin mansedumbre, la llama diabólica... Si, diabólica es, y me consta por la experiencia; que el celo amargo es arma de que se vale el diablo, y el sacerdote que trabaja sin mansedumbre sirve al diablo y no á Jesucristo. Si predica, ahuyenta al auditorio; si confiesa, aparta de sí á los penitentes; y si éstos se confiesan, lo hacen

(1) Isa., XLII, 3.

(2) Jac., III, 13 et seqq.

más porque se aturden que porque se arrepienten, y así se callan los pecados por temor. En cierta ocasión hacía yo el Mes de María, con muchísima asistencia á los sermones y al confesonario. En la misma capilla en que yo confesaba lo hacía también un sacerdote muy sabio y celoso, que había sido Misionero, pero que por su avanzada edad y por sus achaques se había vuelto harto iracundo y regañón. Los pobres penitentes, con las amargas reprensiones que les daba, quedaban cortados y confundidos y no atinaban en decir sus pecados. Su desconuelo era tan grande, que para recobrar la paz de la conciencia venían y se confesaban conmigo.

„Como no pocas veces el mal genio y la ira ó falta de mansedumbre se encubren con la máscara de celo, estudié muy detenidamente en qué consiste una y otra cosa, á fin de no equivocarme en un asunto en que va tanto; y hallé que el oficio del celo es aborrecer, huir, estorbar, detestar, desechar, combatir y abatir, si es posible, todo lo que es contrario á la voluntad de Dios, según aquello de David: *Iniquitatem odio habui et abominatus sum: legem autem tuam dilexi.* „Aborrecí la injusticia y la detesté, y he amado tu santa ley.„ El verdadero celo no hace ardientemente solícitos de la pureza de las almas, que son esposas de Jesucristo, según San Pablo á los corintios: „Yo soy celoso amante vuestro, y celoso en nombre de „Dios, pues que os tengo desposados con este único Esposo.„ Por cierto que si Eliecer hubiera visto que la bella y castísima Rebeca, á quien acompañaba para esposa del hijo de su amo, estaba en peligro de que le robasen la flor de su pureza, se hubiera picado de celos y la hubiera defendido á costa de su vida, pudiéndole decir: „Celador soy vuestro de los celos que „tengo yo por mi señor, porque os he desposado con un hombre para presentaros virgen casta al hijo de mi amo Abraham.„ Con esta comparación se entenderá mejor el celo del Apóstol y de los varones apostólicos. Decía él mismo en otra parte: „Yo muero todos los días por vuestra gloria. ¿Quién de „vosotros enferma que yo no enferme con él juntamente? „¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?„

„Los Santos Padres, para dilucidar más esta materia, se valen de la comparación de la gallina. „¡Mirad,— dicen,— qué „amor, qué cuidado y qué celos tiene por sus polluelos la gallina! Ella es cobarde, tímida y espantadiza mientras no es

„madre; pero cuando lo es tiene un corazón de león, lleva siempre la cabeza levantada y los ojos atentos mirando á todas partes; por pequeña que parezca la señal de algún peligro, avisa á sus hijuelos; no se presenta enemigo alguno á quien ella no acometa con el fin de defenderlos; vive en perpetuo cuidado que sin descanso la hace vocear, y tan grande es la fuerza del amor que les tiene, que se pone enferma y descolorida. ¡Oh, qué lección tan interesante me dais Vos, Señor, por medio de la gallina!„

„Comprendí que el celo es un amor vehemente que ha de ser con prudencia gobernado; de otra manera violaría los términos de la discreción y de la modestia, no porque el amor divino, por vehemente que sea, pueda ser excesivo en sí mismo ni en los movimientos ó inclinaciones que da á los espíritus, sino porque el entendimiento no escoge los medios más á propósito ó los ordena mal, tomando caminos muy ásperos y violentos, y conmovida la cólera, no pudiéndose contener en los límites de la razón, empeña el corazón á que cometa algún desorden; de modo que por este medio el celo se ejecuta con indiscreciones y desórdenes, con que viene á ser malo y, por tanto, reprehensible. Cuando David envió á Joab con su ejército contra su desleal y rebelde hijo Absalón, le encargó que salvase á éste; pero estando Joab en la batalla furioso por el deseo de la victoria, mató con su propia mano al pobre Absalón. Dios manda al Misionero que haga guerra á los vicios, culpas y pecados; pero le encarga con el mayor encarecimiento que perdone al pecador, que le presente vivo á este hijo rebelde para que se convierta, viva en gracia y alcance la eterna gloria. ¡Oh Dios mío! Dadme un celo prudente para que en todas las cosas obre con suavidad y fortaleza, *fortiter et suaviter*, con mansedumbre y buen modo. Espero que me portaré en todo con santa prudencia, y al efecto recordaré que ésta es una virtud que nace en el hombre con la razón natural, que la instrucción la cultiva, la edad la fortalece, el trato y comunicación con los sabios la aclara, y la experiencia de los acontecimientos la consuma (1).„

Estas páginas, con tanta brillantez, profundidad y claridad escritas, descubren en el Siervo de Dios un corazón de fuego,

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

enardecido por el celo de la divina gloria, pronto para la lucha, incansable en el trabajo, perseguidor del vicio y del error hasta en las últimas trincheras; pero á la vez manifiestan un hondo sentimiento de compasión y caridad para con las desgraciadas víctimas del pecado, un amor y ternura más que de madre para con los pobrecitos pecadores, á quienes deseaba meter dentro de su mismo corazón para preservarlos de la ira divina y de los furiosos ataques de sus enemigos. De estas hermosas consideraciones que la fe le inspiraba nacía la amabilidad y mansedumbre con que acogía á toda suerte de infelices y desgraciados que se acercaban á sus pies; no les reprendía ni sus toscos modales, ni su dureza é insensibilidad, ni su extraña ingratitud, sino que con inefable amor los abrazaba, con dulces palabras los atraía al redil del buen Pastor y con saludables consejos los consolaba y alentaba á perseverar en el buen camino; y si á las veces era necesaria alguna reprehensión, la hacía con tales muestras de cariño, daba tan claramente á entender que procedía del mismo exceso de ternura y amor y del interés con que miraba por el bien del corregido, que, lejos de espantarse ó incomodarse los penitentes, le cobraban afición, se enternecían y ablandaban é iban dulcemente arrastrados hasta donde el Siervo de Dios quería llevarlos. Ni se crea que tan maravillosa mansedumbre fuese propia de su natural blando y pacífico, porque él de suyo tenía un carácter vivo y un temperamento fuerte ó bilioso y propenso á la ira; pero como desde joven se hizo tanta violencia para reprimir su genio arrebatado, llegó á vencerlo de tal manera que sufría sin alteración alguna y con la mayor paciencia y fortaleza todos los trabajos é infortunios. Ponía increíble empeño en no hacer ni decir cosa que pudiese mortificar á otro, y si alguna vez á los principios le acaecía desmandarse en esto en alguna faltilla, luego al punto la reparaba pidiendo humildemente perdón al ofendido.

Aconteció una vez en los primeros años, después de su ordenación sacerdotal, que hallándose, á causa de la predicación, en una parroquia de la diócesis de Vich, se metió un día en el confesonario antes de decir la santa Misa. Como un amigo suyo viese que tardaba mucho en salir de él, pues era ya bastante tarde, llamóle para que fuese á celebrar, diciéndole: „Son ya las nueve.„ El P. Claret, santamente afanoso por aprove-

char á las almas que tenía delante, respondió: "Déjeme usted en paz; aunque fuesen ya las diez." Parecióle después al Siervo de Dios que con esta respuesta había faltado á la caridad y mansedumbre, y así fué el mismo día á encontrar á su amigo y pedirle perdón de su falta (1).

Uno de sus familiares que más le trataron, hace de la paciencia y mansedumbre del Siervo de Dios el siguiente retrato, con que terminaremos este asunto: "Su paciencia y mansedumbre eran admirables, pues á pesar de constarme que su genio era fortísimo y de un natural sumamente propenso á la ira, nunca vi que mudase el tono ordinario de la voz para reprender ó hacer las advertencias necesarias, aun cuando oyera palabras injuriosas ó presenciara acciones que á otro menos perfecto le hubieran llenado de indignación y movídale á prorumpir en palabras destempladas para desahogar la cólera. De suerte que al ver su aparente apatía, los que no le trataban de cerca le tenían por hombre de temperamento flemático y que era incapaz de molestarse por nada (2)."

5. Otra de las virtudes que más resplandecieron en el Padre Claret como varón apostólico, fué la pobreza voluntaria. Bien conocía él que para combatir en los demás el desordenado amor á las riquezas y el apego ó afición á los bienes temporales, que suele ser madre de tantos vicios y pecados, era menester abrazarse estrechamente con la santa pobreza y dar ejemplo de ella á los que debía enseñar. Y hoy más que nunca era necesario predicar esta virtud con el ejemplo y con la palabra, porque, como notó muy bien el Siervo de Dios, "nos hallamos en un siglo en que no sólo se adora el becerro de oro, como lo hicieron los hebreos, sino que se le tributa un culto excesivo, olvidando los hombres por el dinero los preceptos del Decálogo." Para ejercitar la pobreza contentábase con la comida y el vestido necesarios; en un pañuelo llevaba todo el equipaje, consistente en un Breviario de un solo tomo, un vade mécum para sus manuscritos, un par de medias, una camisa, y nada más: dinero nunca llevaba, ni quería: asustóse una vez porque, metiendo la mano en el bolsillo, pensó hallar una moneda; pero tranquilizóse al momento, con gran con-

(1) Carta del Sr. D. Antonio Potellas.

(2) Carta de D. Dionisio González, 8 de Diciembre de 1879.

suelo suyo, cuando al sacar la mano vió que era una medalla. Tan grande era su horror al interés. Si alguna vez le ofrecían dinero por sus predicaciones, lo rehusaba diciendo que no lo había menester, pues en los viajes no usaba ni de caballerías ni de coches, sino que andaba siempre á pie, aunque los caminos fuesen largos y escabrosos. "Tampoco,—añadía el Siervo de Dios,—me hace falta el dinero para comer, porque pido la comida de limosna; ni para el vestido y calzado, porque Dios nuestro Señor me conservaba largo tiempo uno y otro, como lo hizo en el desierto con los hebreos, y de todo me proveía. Conoció,—prosigue,—ser la voluntad de Dios no tuviera yo dinero ni aceptara cosa alguna sino la comida necesaria, y aun sólo en el momento en que debía alimentarme, ni recibir provisiones para pasar de un punto á otro. Viendo que semejante desprendimiento edificaba á todos y les causaba grande impresión, hice lo posible para conservarlo."

Animábase á ello con el recuerdo de la doctrina de Jesucristo, que frecuentemente meditaba, en particular aquellas palabras: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos." Y aquellas otras: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo á los pobres, ven y sígueme." "Cualquiera de vosotros que no renunciare todo lo que posee, no puede ser mi discípulo." Acordábase de que el divino Salvador quiso nacer pobre, vivir pobremente y morir en la mayor pobreza; pensaba en la pobreza de María santísima y en que los Apóstoles lo dejaron todo por seguir á Jesucristo, y así él no tenía otra ambición que seguir tan nobles ejemplos y tener algo en qué probar á Dios su espíritu de pobreza. Para consolar á su Siervo y cumplir en parte sus levantadas aspiraciones hizole el Señor sentir algunas veces los efectos de la pobreza, la amargura del hambre, el tormento de la sed y la vergüenza de la desnudez; pero luego le consolaba socorriendo con largueza sus necesidades. Era tal su alegría en estas ocasiones de prueba, que, según él mismo aseguraba, no poseyendo cosa alguna gozaba él más con su amadísima pobreza que los ricos con todos sus tesoros.

"Una cosa,—escribe el P. Claret en sus *Apuntes*,—he observado, y es que cuando uno es pobre y lo quiere ser de buena voluntad y no por fuerza, experimenta el gusto de la virtud de la pobreza, y el Señor le remedia de una de estas dos

maneras: ó moviendo el corazón de los ricos para que le den lo necesario, ó haciéndole vivir sin necesidad de alimento. De estos dos modos experimenté yo su Providencia, como se verá en los casos que voy á referir. Iba yo una vez de Vich á Campdevanol para dar ejercicios espirituales á unos sacerdotes reunidos en aquella parroquia con el Dr. D. Jaime Soler, canónigo de la Catedral de Vich. Era á fines de Junio, en tiempo caluroso, y nadando yo en sudor y estando en gran manera fatigado y molestado del hambre y de la sed, al pasar por frente de un mesón llaméme la dueña de la casa y me invitó á comer. "Gracias, — le dije yo.," Instóme ella de nuevo, y manifestándome yo que no llevaba dinero: "No importa, — me respondió; — coma Ud. y beba, que de buena gana se lo damos.," Entonces acepté la invitación con acción de gracias.

„Viajando otro día de Igualada á Barcelona, al acercarme á Martorell y pasando al mediodía por un mesón, se compadeció de mí un pobre mendigo y me obligó á entrar en él; pidió para mí un plato de alubias, que le costaron cuatro cuartos, ó sea doce céntimos, los cuales pagó de su pobre bolsillo; con esta comida me sentí reforzado y aquella misma tarde llegué á Barcelona, que distaba aún de allí unas cinco leguas.

„Viniendo un día de una Misión dada en el pueblo de Bagá, pasé por La Badella, Montaña de Santa María, Espinalpet, Pla del Llonch hasta San Lorenzo de los Piteos, sin comer nada en todo el día, caminando siempre por ásperos senderos y pasando ríos y arroyos bastante caudalosos; y, á la verdad, el vadear los ríos se me hacía más sensible que la falta de comer, aunque también para atravesarlos me favoreció algunas veces el Señor. Habiendo en cierta ocasión de pasar el río Besós, que iba bastante crecido, iba ya á quitarme el calzado, cuando se me presentó un niño desconocido y me dijo: "No se descalcé Ud., que yo le pasaré. — ¡Cómo! ¿Tú pasarme á mí?, — le contesté; — eres tan pequeño que ni siquiera podrías sostener el peso de mi cuerpo. — Ya verá Ud. si le sostengo y si le paso, — replicó el niño.," Y apenas lo hubo dicho, cargó con mi cuerpo, lo trasladó á la otra parte del río y desapareció al instante de mi vista, dejándome contento y admirado (1).," Así premiaba el Señor los trabajos y fatigas que, por seguir

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.



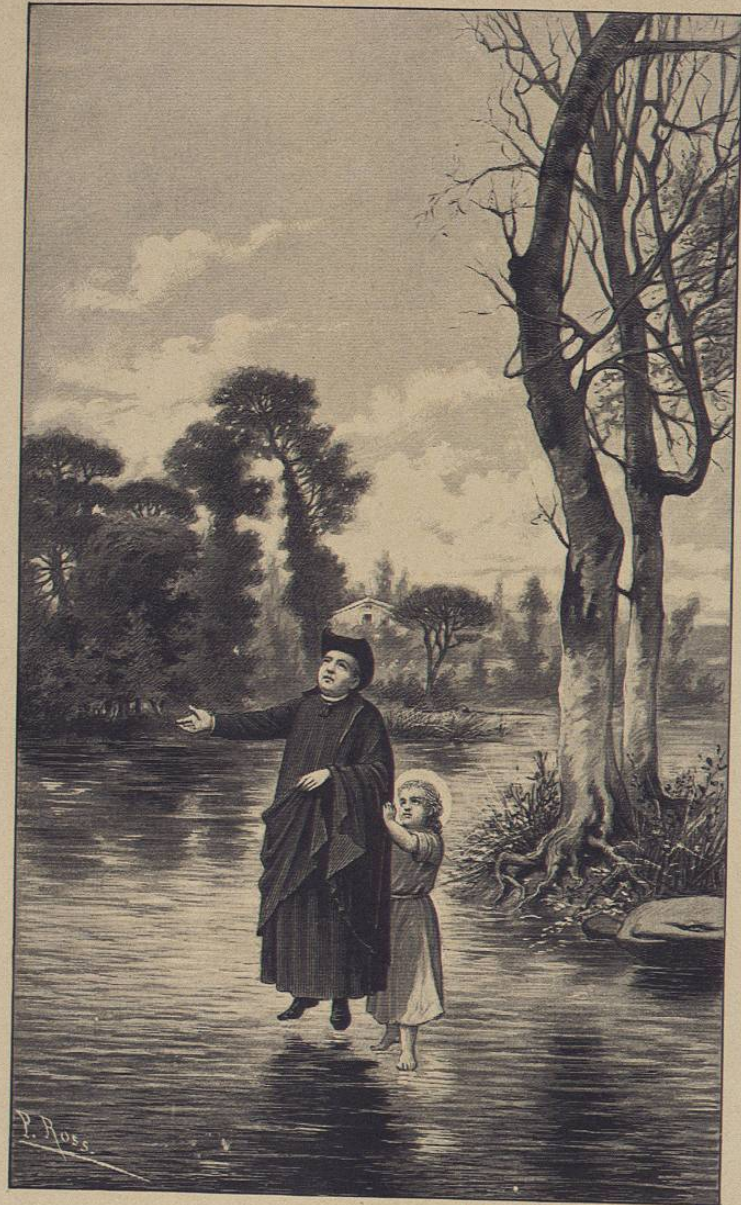
J. Thomas y C. — Barcelona.

Teniendo que atravesar un río el Siervo de Dios, se le aparece un ángel en forma de niño que lo traslada á la otra orilla.

ma... de los ricos para que le den  
le... vivir sin necesidad de alimento. De  
estos dos... yo su Providencia, como se verá  
en los casos... Iba yo una vez de Vich a Camp-  
devant para... espirituales á unos sacerdotes re-  
unidos en... con el Dr. D. Jaime Soler, canó-  
nico de... de Vich. Era á fines de Junio, en tiempo  
caliente, y yo en sudor y estando en gran manera  
fatigado... del hambre y de la sed, al pasar por fre-  
te de... me la dueña de la casa y me invitó á co-  
mer. ... me dije yo., Instóme ella de nuevo, y mani-  
festándome que no llevaba dinero. "No importa, -- me res-  
"póndele -- coma Ud. y beba, que de lo mío me quedamos."  
Entonces acepté la invitación con mucha alegría.

Viendo otro día de igualada á Barcelona...  
á Martorell y pasando al mediodía por un...  
oció de mí un pobre mendigo y me obligó á...  
ció para mí un plato de alubias, que le costaron cuatro cuar-  
tales, ó sesenta céntimos, los cuales pagó de su pobre bolsillo;  
con este comida me sentí reforzado y aquella misma tarde  
llegué á Martorell, que distaba aún de allí unas cinco leguas.

Viendo una vez de una Misión dada en el pueblo de Bagá,  
fui por La Badia, Misión de Santa Maria, Espinalpet,  
fui al Poble de Sant Lluís de las Piteas, sin comer  
nada en el camino, pasando por ásperos senderos  
y... bastante caudalosos; y á la verdad,  
... sensible que la falta de  
... me favoreció algu-  
... de pasar el río  
... quitarme el calzado,  
... me dijo: "No  
... Tú pasarme á  
... que si quiera podrás  
... se le sostengo y  
... dicho, cargó  
... del río y desapare-  
... y admirado (1)."  
Así pienso que... que, por seguir



J. Thomas y C.ª — Barcelona

Teniendo que atravesar un río el Siervo de Dios, se le aparece un ángel en forma de niño que lo traslada á la otra orilla.